

# BIBLIOGRAFIA

*L'Etude comparée des Religions.*—Essai critique par H. PINARD DE LA BOULLAYE, S. I.—II. *Ses Méthodes.* París, Gabriel Beauchesne, 1925. XII-520 páginas, 25 por 17 cm. Precio, 45 francos.

Hace un año tuve el honor de presentar a los lectores de ESTUDIOS ECLESIÁSTICOS el tomo primero de *L'Etude comparée des Religions*, por el R. P. ENRIQUE PINARD DE LA BOULLAYE, S. I. (1). En él seguía el autor paso a paso la Historia del Estudio comparado de las Religiones, desde los primeros ensayos de la antigüedad hasta las escuelas más recientes. Con el tomo segundo, dedicado al análisis de los Métodos, completa su brillante trabajo, primera Introducción seria y amplia a la Ciencia o Historia de las Religiones.

El volumen es gemelo del anterior; número sensiblemente igual de páginas, impresión esmerada y correctísima; lujo exuberante de citas... Los índices prometidos ocupan las páginas 445-520. Tanto el de autores como el de materias, en que se explican los tecnicismos, son copiosos y ordenados.

El P. PINARD reproduce al frente del tomo un grabado antiguo de Court de Gébelin en su *Grammaire Comparée* (1774), que es todo un símbolo. En la intención del autor, la imagen del sabio concentrado en meditación atenta, convida al estudio profundo y metódico, tan necesario y olvidado en la moderna Ciencia de las Religiones; el lector verá en él una invitación a entrar con espíritu de trabajo en las páginas del presente volumen. Al simple «amateur» se le caerá de entre las manos; quien se decida a leerlo y releerlo con atención, saboreará sus frutos y comprenderá el trabajo enorme y el mérito innegable acumulado en la obra.

En la primera lectura seguirá al P. PINARD por multitud de cuestiones, apreciará su delicado y minucioso análisis; pero le será difícil, si no imposible, abarcar tanto número y diversidad de problemas.

«El estado algo caótico» en que se halla la Historia de las Religiones, obliga al P. Pinard a establecer, ante todo, *nociónes y principios* sobre la Religión, triple fase de su estudio comparado, valor del método en general, etc. Entre los métodos particulares da el primer lugar al *comparativo*, más general, de aplicación constante. Siguen el *método histórico*, que, para ser tal, debe rechazar lo mismo el postulado racionalista que el evolucionista y atenerse al documento; el *filológico*, preconizado por Max Müller, abandonado después, pero utilizable dentro de ciertos límites; el método *antropológico antiguo*,

(1) ESTUDIOS ECLESIÁSTICOS, t. III, enero de 1924, pag. 103-108.

vicioso en su origen, defectuoso en sus procedimientos, estéril, puede decirse, en verdaderas consecuencias; *el nuevo método etnológico*, de Grabner y Schmidt, cuya valía se afirma cada vez más en el estudio de los primitivos; y, en fin, los diferentes métodos *psicológicos*. En el capítulo octavo y último establece *la solidaridad de los métodos*. Dos Notas o apéndices, «*La demostración por convergencia de indicios probables*», «*A propósito de la distinción entre la historia empírica y la filosófica*», completan la obra.

Como ve el lector, la materia es difícil, delicada, variadísima. En el fondo de ella descubre el autor infinidad de problemas, que procura deslindar, definir, avalorar. Tal vez, este atomizar las cuestiones, el dar a cada matiz su nombre y su etiqueta, unido al afán de precisión, reclaman atención excesiva. Asimismo, el autor, familiarizado con los filósofos antiguos y modernos, con los etnólogos y autores de Religión, emplea con frecuencia lenguaje difícil y tecnicismos (algunos, como *fratries*, no se explican) que pondrán tropiezos a más de un lector.

Salvando estas pequeñas dificultades, volvamos a repasar la obra, para apreciarla en lo que ella es.

El tomo segundo no conserva exactamente la división por escuelas presentada en el primero. Así lo ha preferido el autor (p. X), ya que, fuera de la antigua escuela antropológica, ninguna hay que monopolice un método. Pero siento que haya dejado en completa penumbra la escuela sociológica de Wundt, nacionalizada en Francia por Durkheim, Hubert y Maus, a la cual consagró en la historia un largo artículo (t. I., p. 431-450). Con todos sus apriorismos, el método de la escuela sociológica se halla actualmente en boga (p. 367); goza de favor en determinados círculos (t. I., p. 449); no creo, pues, que hubiera sido ocioso estudiarlo algo más, para demostrar, como insinúa el P. PINARD (p. 367), que todos los elementos aprovechables se encuentran ya en el método comparativo, y los restantes son postulados inadmisibles, que no pasan por el tamiz de la crítica.

También puede causar alguna extrañeza que, después de habernos hablado en el tomo primero con tanto elogio de la escuela histórico-cultural y de su método, abandone este nombre y elija, primero, el de *nuevo método antropológico* (p. 221), en seguida, el de *Método Etnológico-histórico* (p. 224). La razón es, sin duda, el deseo de incluir a las recientes escuelas de Inglaterra y Estados Unidos, que coinciden en lo esencial con la alemana, de las cuales no pudo hablar en el primer volumen, ya que casi todos los trabajos son posteriores a la redacción del tomo (1).

Todos los métodos están discutidos con amplitud, serena crítica y, sobre todo, con gran elevación. No pretende el P. Pinard dar una

(1) Sólo cita en él a Fr. Boas, como afiliado a las ideas de Tylor (p. 362, n. 3). Sin pretender aumentar la importancia de una cuestión de nombre, prefiero seguir con el de *histórico cultural*, que me parece más expresivo y sancionado ya por el uso. No creo que los etnólogos ingleses y americanos se ofendan por verse dentro de la escuela histórico-cultural en la reciente obra de Schmidt. *Völker und Kulturen* (1924), p. 34.

formación completa suficiente para emprender inmediatamente el estudio de cualquiera Religión. Basta leer los trabajos del P. Kugler, S. I., sobre la religión de Babilonia, hojear la enorme literatura sobre las creencias de la India... para convencerse que es indispensable en cada caso un método más concreto, que se adapte a las exigencias de cada especialidad. El autor elige para sí más altas regiones. En todo investigador hay ojos ávidos de ver, pero también cerebro agitado por ideas profundas, anheloso de columbrar horizontes nuevos. Esta condición inherente al trabajo humano dificulta el empleo de los métodos más seguros; pero en el estudio de las religiones comparadas se ha soltado tanto la rienda a las ideas preconcebidas, que la historia resulta completamente falseada. Armonizar esta ansia de verdad y descubrimientos con las exigencias metódicas; someterlas al freno de la crítica; encauzarlas de suerte, que animen y sostengan en el trabajo y no desfiguren los hechos ni precipiten las conclusiones, es la preocupación constante del P. PINARD. Por eso, aun cuando examina las aplicaciones más menudas de los métodos a la hierrografía o descripción de las religiones, no aparta los ojos de los grandes principios de la crítica.

Entendida así, la obra se revela como de importancia extraordinaria. Se le podrá reprochar el frecuente recurso a casos *tipos* e hipótesis *posibles*; se define quizás mejor el pensamiento; pero disminuye la evidencia. Francamente, creo que no pocos lectores le comprenderán mejor cuando toma del terreno propio de las religiones, ejemplos reales y concretos, como al probar en los sacrificios humanos la diferencia esencial de ritos al parecer idénticos, en realidad muy distintos, por las ideas de que nacen (p. 57).

Si pretendiera analizar la obra en todas sus partes, cada capítulo merecería párrafo aparte. Aun cuando resume, es original; cuando reproduce críticas muchas veces repetidas, como al combatir los apriorismos de la escuela antropológica (p. 184-205), lo hace con nervio especial y con argumentación cerrada e irresistible. Excelente es el capítulo que consagra a los métodos psicológicos y el que dedica al método filológico, por el cual, debidamente interpretado, toma partido resueltamente.

Al verle desmontar pieza a pieza el andamiaje de cada método, distinguir y cercenar, limitar el uso y alcance de las reglas... se podría imaginar por un momento que la labor del P. PINARD es más bien destructiva; de hecho cumple con su doble misión: *ut destruas et aedifices*.

Cierto; reducido a los términos que el autor le asigna, cada método de por sí es insuficiente; todos quedan un poco al aire. Con todo, el P. PINARD no los rechaza; para ofrecer firme apoyo a la Historia de las Religiones los agrupa y forma con ellos una trabazón sólida, cuyas partes se sostienen unas a otras (p. 364 y sig.).

Para legitimar esta conclusión hubiera podido contentarse con los resultados de los capítulos precedentes, que la imponen. Dada su importancia, ha creído oportuno confirmarla filosóficamente, reproduciendo en la nota I (p. 380-424) su artículo *La demostración por convergencia de indicios probables*, única que nos da en el conocimiento

miento del singular la certeza, imposible de obtener por otros procedimientos lógicos. Hay algunos puntos que desearía ver más esclarecidos; tal la distinción entre convergencia de indicios e inducción aplicadas a las causas específicas (p. 415) y el carácter de la certeza propia de esta prueba, que el P. PINARD no se atreve a llamar *moral*, sino pura y simplemente *reductive physica*. Pero nada de esto resta solidez a la investigación, brillantemente conducida.

Además de prestar este servicio insigne a la historia de las Religiones, ofreciéndole un instrumento de trabajo más seguro y eficaz, el tomo segundo del P. PINARD es fecundo en consecuencias. Séame permitido, para terminar, recoger una tan sólo, de grande importancia.

Aun edificada sobre esta base nueva más amplia, porque abraza todos los métodos, más sólida, porque descansa sobre principios de crítica incommovibles, la Ciencia de las Religiones no debe aspirar a realizar el enorme programa que le atribuyen los racionalistas en pos de Max Müller. Podrá, sí, depurar los hechos, ordenarlos en la trama de la historia, estudiar la expansión de las diferentes religiones, sus analogías, sus antagonismos, sus mutuas influencias; pero no puede pronunciarse sobre el valor de las creencias. «Si ha de fallar, como dicen, el tribunal de la Historia, en ese tribunal las funciones de juez pertenecen a la Filosofía por derecho propio» (p. 428).

MAURICIO GORDILLO, S. I.

SAC. E. RUFFINI, *Chronologia Veteris et Novi Testamenti in Aeram nostram collata* (Casa editrice nazionale, Roma sine anno impressionis) 4.<sup>o</sup> M.; pg. 220.

Dulce y agradable resulta la de por sí nada grata tarea de juzgar la obra de un amigo, cuando en ella no falta materia de merecidas alabanzas y de indiscutible mérito. Tal nos acontece, por fortuna, en el presente caso, al emprender la reseña de una obra, debida a la pluma de quien, durante meses y meses, ha sido nuestro compañero de estudio y trabajo, y modelo de constancia y laboriosidad en una de las bibliotecas mejor organizadas de Roma.

Mgr. Ruffini (como él mismo ha escrito en el proemio del libro que examinamos) es «del número de los que [imitando los dichos y hechos de San Agustín] *procuran escribir según que avanzan, y avanzar según que escriben, proficiendo scribunt, et scribendo proficiunt*». Y pues la cita es de San Agustín, séanos lícito advertir con agudeza agustiniana que es además «de los que *proficiendo scribunt, scribendo proficiunt, et scribendo et proficiendo, sibi aliisque proficiunt*», de los que escriben según que avanzan, avanzan según que escriben, y en el escribir y avanzar, añaden para sí y para otros utilidad sobre utilidad.

Consagrado plenamente a su clase y a sus queridos discípulos el digno profesor del Seminario Lateranense Romano, al bien y prove-

cho de ellos ha dirigido su libro o su obra (*Praesens opella*) como la llama su autor.

Pero no sólo sus discípulos, sino cuantos quieran tener una idea de casi todas las cuestiones de cronología bíblica, las encontrarán en esta obra tratadas dignamente.

Tres cosas dan, a mi parecer, mérito indiscutible a la obra: el haber encerrado en ella casi todas las cuestiones cronológicas de ambos Testamentos; el haber indicado en cada una de las cuestiones abundantes fuentes bibliográficas, y el haber insertado en cada una de las cuestiones las transcripciones o traducciones de documentos que son clásicos en las mismas. Con este tercer mérito se relaciona estrechamente el haber Enriquecido la obra toda con multitud de cuadros, tablas o paradigmas, convenientemente diseminados por las diversas partes del libro.

No diremos que en todos y cada uno de los problemas que estudia, haya dado el ilustre autor la última solución definitiva; que, ni él lo pretendía, ni el estado actual de los datos cronológicos ciertos lo permiten; pero todos y cada uno de esos problemas los encontrará en esa obra el curioso lector, claramente enunciados, metódicamente expuestos, con más o menos probabilidad solucionados; y, lo que es muy de agradecer, con tan selecta bibliografía enriquecidos que, quien luego quiere hacer un estudio particular sobre una cuestión determinada, se hallará orientado hacia el rebusque y consulta de obras, que le darán el estado actual científico del problema suscitado.

Discípulos y aun profesores de Sagrada Escritura, oradores sagrados y conferencistas de materias religiosas o apologeticas, publicistas y polemistas hallarán en la cronología de Mgr. Ruffini soluciones o vías de solución para dificultades u oscuridades que, en materias de fechas y tiempo, en más de una ocasión se les pudieran suscitar.

Reciba el autor los más sinceros plácemes, y dispense a la revista el que no haya podido imitar (en publicar este juicio) la diligente prontitud, que mostró el autor, en enviar a la Redacción su libro, apenas publicado.

R. GALDOS.

---

INSTITUTIONES THEOLOGIAE DOGMATICAES IN USUM SCHOLARUM, auctore Ludovico Lercher, S. J., S. Theologiae Doctore, eiusque in Universitate Oenipontana professore. Volumen secundum praeter prolegomena continens libros tres de Deo uno, de Deo trino, de Deo creante et elevante, Oeniponte. 1924, Typis et Sumptibus Feliciani Rauch. Printed in Austria. Un tomo en 4.<sup>o</sup> de 219 × 135 mm. y XXVI-519 páginas. Precio 8 marcos.

Este texto de Teología constará de cuatro volúmenes; el segundo, que es el primero que ha visto la luz pública, vamos ahora a examinar; los otros encerrarán las materias siguientes: el tercero la cristiología, mariología, gracia y virtudes; el 4.<sup>o</sup> los sacramentos y novísimos; el 1.<sup>o</sup> la teología fundamental, o sea, religión verdadera, Iglesia de Cristo, escritura y tradición. El presente tomo, según indica

la portada, comprende los prolegómenos y los tratados de Dios uno, trino, creador y elevador. Cada tratado se divide en capítulos, y éstos en artículos y tesis. Abarca el libro las cuestiones ordinarias que suelen estudiarse en los manuales teológicos. Al hablar de los ángeles advierte el esclarecido autor que de las copiosas disputas que sobre ellos entretejen los teólogos, sólo tocará una mínima parte discutiendo la existencia y naturaleza de ellos, su elevación y caída de algunos, su relación con los hombres.

Reúne este libro las cualidades que se exigen en los buenos textos de Teología: método y orden, claridad, concisión, exactitud en los conceptos, abundancia de pruebas y documentos eclesiásticos, rigurosos raciocinios, seguridad de doctrina, discusión de opiniones y teorías antiguas y modernas e impugnación de las que se apartan del recto sentir de la Iglesia. De H. Schell testifica el P. Lercher que erró grandemente al hacer a Dios causa del mal y sostener que en tanto no tiene mala voluntad en cuanto el mal causado lo endereza a buen fin. Impugna a Maximiliano Scheler por negar que se pueda concluir de argumentos metafísicos el carácter personal supramundano de Dios (confunde Scheler la personalidad con la espiritualidad) y por su sistema del conocimiento de Dios, que entraña muchos absurdos, y hace despreciable la doctrina de Santo Tomás y los escolásticos. Ataca asimismo a Rossini, Hermes, Gunther, Lessing, Kant, y con vigoroso empuje y acerada lógica a los modernistas.

El R. P. Lercher profesa el escolasticismo, aunque hermanándolo con la parte positiva, y su guía y faro es el Doctor Angélico, a quien cita en cada página y a quien acude solícitamente para esclarecer los puntos espinosos. Menciona también otros autores renombrados, pero no duda en refutarlos cuando no le agradan sus explicaciones. Al P. Suárez le combate en su teoría de que son perfecciones las relaciones divinas *secundum esse ad* y en la de la predestinación a la gloria *ante praewisa merita*; al P. Vázquez en su opinión de que Dios conoce otras cosas fuera de él en sí mismas, sin enlace con la esencia divina; al P. Lugo en su sentencia sobre la naturaleza del pecado original. Por lo demás, sigue en la ciencia media y en la predestinación a la gloria *post praewisa merita* a los molinistas, y cree con el P. Stufler que ni molinistas ni bannecianos interpretaron en su propia significación la doctrina de Santo Tomás sobre el concurso inmediato de Dios en las acciones de las criaturas.

En algunas controversias expone las dos opiniones encontradas, sin inclinarse a ninguna de ellas; así, v. g., en la posibilidad de que haya muchos ángeles de la misma especie, conténtase con aducir merelymente las sentencias opuestas de Santo Tomás y San Buenaventura. Las locuciones oscuras de los Padres antenicenos se esfuerza en interpretarlas en sentido ortodoxo, y observa que las emplean para dilucidar el misterio de tres personas en una sola naturaleza, que como testigos de la tradición confiesan. A San Buenaventura lo presenta como partidario de la sentencia común en la constitución, por las relaciones, de las personas divinas, a pesar de que notoriamente afirma que se constituyen por sus orígenes.

A veces cita a los autores, sin alegar las obras y lugares de ellas, en que defienden sus opiniones. De Occam y Biel, por ejemplo, dice,

sin aludir a sus libros, que niegan se pueda probar con evidencia que Dios conozca distinta y particularmente otras cosas fuera de su esencia. No hubiera estado, tal vez, de más que al frente de los tratados, por lo menos, se hubieran puesto indicaciones bibliográficas para dirigir en sus estudios a los discípulos. En la sentencia que escoge el esclarecido autor, acerca de la esencia del pecado original, no creamos que se explique muy satisfactoriamente el reato de culpa en los descendientes de Adán. Opinamos que no se descubre con claridad la voluntariedad de la culpa de origen en los descendientes por línea masculina de nuestro primer padre, y que parece algo extraño a la inmensa bondad divina el decretar para los hijos de Adán pecador la privación del estado debido, constituyendo verdadera aversión de Dios.

No sorprende que algunos teólogos del siglo XVIII envolviesen en una red de contradicciones el dogma del pecado original, como significa el Cardenal Billot, alegado por el autor; pues siempre se tropieza con la dificultad de explicar la voluntariedad propia del pecado original; pero se nos figura que tampoco la salvan algunos modernos con sus teorías aparentemente sencillas.

Podremos disentir en alguna que otra opinión libre del esclarecido profesor de Innsbruck; pero nunca negar que su obra constituye un excelente y muy recomendable texto de Teología para Seminarios y Colegios cléricales. Esperamos con ansia los restantes tomos.

A. PÉREZ GOYENA.

